

guida, cuando las diversas emociones de placer y de disgusto se hacen más sensibles, poco á poco van distinguiéndose diversas sustancias, pero cada una con un solo atributo, es decir, una relación única con tal organismo. El primer grado de la lógica es el juicio, cuya esencia consiste, según la afirmación de muchos lógicos, en la creencia. «Toda creencia tiene por fundamento la sensación de lo agradable ó de lo penoso, con relación al sujeto que siente. Una tercera sensación nueva, resultado de dos sensaciones aisladas precedentes es el juicio en su forma más inferior. A nosotros, seres organizados, nada nos interesa del origen de cada cosa sino en su relación para con nosotros en lo que atañe al placer y al sufrimiento. Entre los momentos en que tenemos conciencia de esta relación, entre los estados de sensación se colocan momentos de reposo, de no sensación; entonces el mundo y todo lo que existe carece de interés para nosotros, no vemos en ellos modificación alguna (nos encontramos á la manera de un hombre que en el momento en que se halla vivamente interesado por algo no nota siquiera que alguien pasa cerca de él). Para las plantas, todas las cosas son de ordinario inmóviles, eternas, cada cosa idéntica á ella misma. De su período de organismo inferior el hombre ha heredado la creencia de que hay cosas idénticas (sólo la experiencia, formada por la más alta ciencia, contradice esta misma proposición). La creencia primitiva de todo ser organizado en sus principios, es tal vez la de que todo el resto del mundo es uno é inmóvil. Lo que hay más alejado relativamente de este grado primitivo de lógica, es la idea de la causalidad; cuando el individuo que siente se observa á sí mismo, toma toda sensación, toda modificación por algo aislado, es decir, incondi-

cional, independiente: surge de nosotros sin vínculo alguno con la anterior ó la ulterior. Tenemos hambre, pero no pensamos en su origen, en que el organismo necesita ser mantenido; la sensación parece que se deja sentir sin razón ni fin, se aísla y se la tiene como arbitraria. Del mismo modo, la creencia en la libertad del querer es un error original de todo ser organizado, que se remonta hasta el momento en que las emociones lógicas existen en él; la creencia en las sustancias incondicionales y en las cosas semejantes es también otro error tan antiguo como aquél de todo ser organizado. Por consiguiente, una vez expuesto que toda metafísica se ha ocupado principalmente de las sustancias y de la libertad del querer, bien puede designársela como la ciencia que trata de los errores fundamentales del hombre, pero en la forma que se haría si fuesen verdades fundamentales.

19. *El número.*—El descubrimiento de las leyes del número se ha fundamentado sobre la base del error ya reinante desde su origen, de que habría muchas cosas idénticas (pero en el hecho no hay nada idéntico), ó por lo menos de que existirían cosas (pero no hay «cosas»). La sola noción de pluralidad supone ya que existe algo que se presenta muy repetidas veces; en ello cabalmente está el error, pues entonces nos imaginamos seres, unidades, que no tienen existencia. Nuestras sensaciones del tiempo y del espacio son falsas, pues nos conducen, si se les examina de un modo consecuente, á contradicciones lógicas. En todas las afirmaciones científicas contamos inevitablemente siempre con algunas falsas grandezas; pero como estas grandezas son de lo menos constantes (por ejemplo, nuestra sensación del tiempo y del espacio), los resultados de la ciencia no adquieren

tampoco exactitud y seguridad completas en sus relaciones mutuas; puede continuarse, pues, con ellas, hasta el momento en que las suposiciones fundamentales equivocadas, esas faltas constantes entren en contradicción con los resultados, por ejemplo, en la teoría atómica. Entonces nos hallamos obligados á admitir una *cosa* ó un «substrato» material que es puesto en movimiento, mientras que todo el procedimiento científico ha perseguido justamente la tarea de resolver todo lo que tiene el aspecto de una cosa (materia) en movimiento: nosotros separamos una vez más con nuestra sensación el motor de lo movido y no salimos de este círculo porque la creencia en las cosas se encuentra infundida en nuestro ser desde la antigüedad. Cuando Kant dijo: «La razón no tiene la fuente de sus leyes en la naturaleza, sino que se las prescribe», dijo una gran verdad en relación al *concepto de la naturaleza*, que nos hallamos obligados á ligar á ella (naturaleza, mundo, en tanto que es representación, es decir, en tanto que es error), pero que es la totalización de multitud de errores de la inteligencia. En un mundo que *no es* nuestra representación, las leyes de los números son completamente inaplicables: ellas sólo tienen valor en el mundo del hombre.

20. *Algunos escalones hacia atrás.*—Un grado ciertamente muy elevado de cultura alcanza el hombre cuando llega á sobreponerse á las ideas y las inquietudes superticiosas y religiosas; cuando, por ejemplo, deja de creer en el ángel de la guarda ó en el pecado original, y hasta ha olvidado hablar de la salvación de las almas, una vez llegado á este grado de liberación, tiene todavía que triunfar, á costa de los más heroicos esfuerzos de su inteligencia, de la metafísica. *Entonces es necesario un movimiento de*

*retroceso*; es necesario que tome de tales representaciones su justificación histórica y también psicológica; le es necesario reconocer cómo la mayor ventaja de la humanidad ha venido de allí, y cómo, sin tal movimiento de retroceso, nos despojaríamos de los mejores resultados de la humanidad hasta nuestros días. En lo que atañe á la metafísica filosófica, veo siempre ahora mayor número de hombres inclinados al fin negativo (que toda metafísica positiva es un error), pero á muy pocos que suban algunos escalones hacia atrás; parece como que se vieran con muy buen deseo por encima de los últimos grados de la escala, pero que no quieren colocarse allí. Los más esclarecidos ven justamente lo bastante lejos para independizarse de la metafísica y arrojar sobre ella una mirada hacia atrás con aire de superioridad; siendo así que allí también, como en el hipódromo, es necesario recorrer el círculo para terminar la carrera.

21. *Victoria conjetural del escepticismo.*—Admitamos por un momento el punto de vista del escepticismo: supuesto que no existe otro mundo metafísico, y que todas las explicaciones suministradas por la metafísica del único mundo conocido por nosotros nos sean inútiles, ¿con qué ojos veríamos entonces á los hombres y las cosas? Esta es una de las cosas que podrían ser útiles, aun en el caso de que la cuestión de saber si algún cálculo metafísico ha sido probado por Kant y Schopenhauer, fuese alguna vez descartada. Pues es muy posible, según la verosimilitud histórica, que los hombres lleguen un día en su generalidad á ser *escépticos* en este sentido: se desprende, por consiguiente esta cuestión: ¿Cómo se arreglará la sociedad humana bajo la influencia de tal convicción? Quizá la *prueba científica* de algún mundo metafísico,

cualquiera que sea, es ya tan difícil que la humanidad no llegará jamás á mayor extremo de desconfianza. Y si se tiene desconfianza en respecto de la metafísica, resulta de ello, en sentido general, las mismas consecuencias que si fuese directamente refutada y no se tuviese ya *el derecho* de creer en ella. La cuestión histórica, tocando una convicción no metafísica de la humanidad, permanece la misma en los dos casos.

22. *Incredulidad en «el monumentum aere perennius»*.—Una desventaja esencial que trae consigo la desaparición de las miras metafísicas, consiste en que el individuo restringe demasiado su mirada á su corta existencia y no siente ya fuertes impulsiones para trabajar en instituciones duraderas establecidas por los siglos; quiere coger él mismo los frutos del árbol que planta, y por lo tanto, no planta ya aquellos árboles que exigen cultivo especial durante siglos y que están destinados á cubrir con su sombra á muchas generaciones sucesivas. Pues las miras metafísicas dan la creencia de que en ellas se encuentra el último fundamento valedero y legítimo sobre el cual tiene que establecerse y edificarse necesariamente en adelante el porvenir de la humanidad; el individuo da un gran paso adelante en la senda de su salvación, cuando, por ejemplo, funda una iglesia ó un monasterio; esto le será, piensa él, contado y puesto en su haber en la eterna vida de las almas; es trabajar por la salvación eterna de las almas. ¿Puede la ciencia despertar semejante creencia en sus resultados? En el hecho, la ciencia emplea como á sus más fieles asociados la duda y la desconfianza; con el tiempo, sin embargo, la suma de las verdades intangibles, es decir, que sobrevivan á todas las tempestades del escepticismo, á

todos los análisis, puede hacerse bastante grande (por ejemplo, en la higiene de la salud), para que alguien se determine por esto á fundar obras «eternas». Entre tanto, *el contraste* de nuestra existencia efímera agitada por el reposo de largo aliento de las edades metafísicas, trabaja todavía con demasiado vigor, porque las dos épocas están aún muy cercanas; el hombre aislado tiene que examinar demasiadas evoluciones interiores y exteriores para que se atreva á establecer nada que no sea para su propia existencia de manera durable y de una vez por todas. Un hombre completamente moderno, que quiere, por ejemplo, construirse una casa, siente á este respecto del mismo modo que sentiría si quisiera, estando vivo, amurallarse en un mausoleo.

23. *Edad de la comparación*.—Cuanto menos encadenados están los hombres por la herencia, mayor se hace el movimiento interior de sus motivos, mayor, á su vez, por correspondencia, la agitación exterior, la penetración recíproca de los hombres, la *polyphonia* de los esfuerzos. ¿Para quién existe actualmente todavía la obligación estricta de vincularse, él y su descendencia, á una localidad? ¿Para quién existe, de una manera general, ningún vínculo estrecho? Pues del mismo modo que todos los estilos del arte son imitados, los unos al lado de los otros, así también lo son todos los grados y los géneros de moralidad, de costumbres, de civilizaciones. Semejante época toma su significación de que en ella las diversas concepciones del mundo, costumbres, civilizaciones, pueden ser comparadas y vivir las unas al lado de las otras; cosa que en otro tiempo no era posible fuera de la dominación siempre localizada de cada civilización, por causa de la vinculación de todos los géneros de estilo ar-

tístico al lugar y al tiempo. Hoy, un aumento del sentimiento estético decidirá definitivamente entre tantas formas que se ofrecen á la comparación: ésta dejará perecer á la mayor parte, esto es, á todas las que sean rechazadas por ese sentimiento. Del mismo modo hay también hoy lugar para hacer una elección en las formas y costumbres de la moralidad superior, cuyo fin no puede ser otro que el anonadamiento de las moralidades inferiores. ¡Esta es la edad de la comparación! Este es su orgullo, pero también, y con justicia, su desgracia. No nos aterremos por esta desgracia. Formémonos, por el contrario, del deber que nos impone esta edad, la idea más elevada que podamos: así, nos bendecirá la posteridad,—una posteridad que se conocerá tan superior á las civilizaciones originales de los pueblos encerrados dentro de sí mismo, como á la civilización de la compensación; pero que mirará con reconocimiento á esas dos clases de civilización como á respetables antigüedades.

24. *Posibilidad del progreso.*—Cuando un sabio de cultura antigua promete no frecuentar el trato de hombres que creen en el progreso, tiene razón. Puesto que la cultura antigua tiene detrás de sí su grandeza y su bien, y la educación histórica obliga al individuo á confesar que no recobrará jamás su lozanía, es necesaria una obcecación de espíritu intolerable á una insoportable preconcepción para negarlo. Pero los hombres pueden decidir con plena conciencia de su desarrollo para en adelante por una cultura nueva, mientras que antes era inconscientemente y al azar que se desarrollaban: hoy pueden crear condiciones mejores para la producción de los hombres, su alimentación, su educación, su instrucción, organizar económicamente el conjunto y la destrucción de la tierra,

pesar y ordenar las fuerzas de los hombres en general, los unos en relación á los otros. Esta nueva cultura consciente mata á la antigua, que, considerada en su conjunto, trajo una vista inconsciente de bestia y de vegetal; mata también la desconfianza hacia el progreso,—*es posible*. Quiero decir: es un juicio precipitado y falto casi de sentido el creer que el progreso debe *necesariamente* salir adelante; pero ¿cómo se podría negar que ello sea posible? Por el contrario, un progreso en el sentido y por la senda de la cultura antigua, no es siquiera concebible. La fantasía romántica tiene siempre como bello emplear la palabra «progreso», hablando de sus fines (por ejemplo, de las civilizaciones de los pueblos originales y determinados): en todo caso, viviendo del pasado; pensamiento y concepción en este dominio no tienen ninguna originalidad.

25. *Moral privada y moral universal.*—Desde que cesó la creencia de que un Dios dirige en el conjunto los destinos del mundo, y á despecho de todas las desviaciones en el camino de la humanidad, los conduce como su señor hasta su término, los hombres deben proponerse fines económicos que abarquen toda la tierra. La vieja moral, la de Kant entre otras, reclama de cada individuo acciones que desearía en todos los hombres. Tiene esto algo de bella ingenuidad; como si cada uno supiera qué género de acción asegura el bienestar del conjunto de la humanidad, y, por consiguiente, cuáles fueran las acciones que, de un modo general, merecieran ser deseadas; es una teoría análoga á la del librecambio, estableciendo en principio que la armonía general debe producirse por sí misma conforme á leyes innatas de mejoramiento. Quizá una mirada sobre el porvenir no haga aparecer como

digno de desearse que todos los hombres realicen actos semejantes; quizá se debería más bien, en interés de los fines ecuménicos para toda la extensión de la humanidad, proponer deberes especiales, y tal vez, si en determinadas circunstancias, hasta malo. En cualquier caso, si la humanidad no debe, por tal gobierno consciente de sí mismo, marchar á su pérdida, es necesario, en primer término, que se encuentre un *conocimiento de las condiciones de la civilización*, superior á todos los grados alcanzados hasta hoy. En esto consiste el inmenso deber de los grandes espíritus del siglo próximo.

26. *La reacción como progreso.*—Algunas veces aparecen espíritus revoltosos, violentos y atrayentes; pero á pesar de todo, retrógrado, que valiéndose de conjuros, evocan una vez más todavía alguna vieja faz de la humanidad: sirven de prueba de que las tendencias nuevas, contra las que se agitan, no son aún suficientemente fuertes, de que les falta algo; de otro modo, se habrían impuesto en el cerebro de tales evocadores.

Así, la reforma de Lutero atestigua, por ejemplo, que en su siglo todos los sentimientos nacientes de libertad del espíritu se hallaban poco seguros, demasiado tiernos, juveniles; la ciencia no podía todavía alzar la cabeza; si el aspecto general del Renacimiento se presentaba como la primera primavera, que tenía que anonadarse casi bajo la nueva. Pero también en el presente siglo la metafísica de Schopenhauer ha comprobado que aun hoy el espíritu científico no es lo suficientemente fuerte: así es como el concepto del mundo y la idea de la humanidad de la Edad Media y cristiana, ha podido celebrar otra vez su resurrección, en la teoría de Schopenhauer, á pesar del anonada-

miento á que por largo tiempo quedaron reducidos todos los dogmas cristianos. Mucha ciencia se pregona en su teoría; pero lo que en ella predomina no es la ciencia, sino la vieja *necesidad metafísica*, hartamente conocida.

Es seguramente una de las mayores ventajas que sacamos de Schopenhauer el que obligue á nuestro sentimiento al retroceso por algún tiempo hacia los géneros de concepción del mundo y del hombre, viejos y poderosos, á los que ningún otro camino nos conducirá tan fácilmente. El provecho para la justicia y para la historia es grandísimo; creo que nadie hoy llegaría fácilmente, sin el auxilio de Schopenhauer, á hacer justicia al cristianismo y á sus hermanos asiáticos, cosa, como otras, imposible dentro del propio terreno del cristianismo, todavía existente. Sólo después de este gran éxito de la justicia, después de haber corregido la concepción histórica que la edad de las luces traía consigo, sobre punto tan esencial, nos ha sido permitido llevar de nuevo más lejos el pendón de las luces, el pendón de tres nombres: Petrarca, Erasmo, Voltaire. Hemos hecho un progreso de la reacción.

27. *Sucedáneo de la religión.*—Se cree hacer honor á la filosofía, presentándola como un sucedáneo de la religión para el pueblo. En el hecho, tiene necesidad ocasionalmente de un orden de pensamiento intermedio; así, el paso de la religión á la concepción científica, es un salto violento, peligroso, algo que no debe aconsejarse. En este sentido hay razón para tal elogio. Pero á este fin, debería saberse y aprenderse también que las necesidades que la religión satisface y que la filosofía debe satisfacer ahora, no son inmutables, y que aun por ella misma *puede debilitárselas* y hasta *echarlas fuera*. Suéñase, por ejemplo, en la miseria

del alma cristiana, en los gemidos por la corrupción interior, en la inquietud por la salvación, cuestiones todas que no se derivan sino de errores de la razón y no merecen absolutamente su satisfacción, sino su destrucción. Una filosofía puede servir en estos dos sentidos: ó en que *satisfaga* estas necesidades, ó en que las *descarte*, pues son necesidades estudiadas, limitadas en el tiempo, que descansan sobre hipótesis opuestas á las de la ciencia. Lo que debemos utilizar en esto para una transición es más bien *el arte*, como medio de proporcionar alivio á la ciencia sobrecargada de sensaciones, pues por él estas concepciones serán mucho menos sostenidas que por la filosofía metafísica. Del arte se puede en seguida pasar fácilmente á una ciencia filosófica verdaderamente libertadora.

28. *Términos prohibidos.*—¡Abajo los términos empleados hasta el cansancio por el optimismo y por el pesimismo! Puesto que cada día escasean más los motivos para emplearlos, sólo á los charlatanes son inevitablemente necesarios. ¿Con qué motivo en el mundo podría cualquiera ser hoy optimista, si no hay que hacer ya la apología de un Dios que debe haber creado el mejor de los mundos, desde que es él en sí la esencia de lo bueno y de lo perfecto? ¿Qué ser que piense tiene ya necesidad de la hipótesis de Dios? Por consiguiente, tampoco existe el menor motivo para una profesión de fe pesimista, si no se tiene interés en vejar á los abogados de Dios, á los teólogos ó á los filósofos teológicos y en exponer fuertemente la afirmación contraria: que el mal gobierna, que el dolor es mayor que el placer, que el mundo es una construcción absurda, la aparición en la vida de una voluntad malvada. ¿Pero quién se preocupa ya de los teólogos, aparte de los mismos teólogos? Haciendo

abstracción de toda teología y de la guerra que se le hace, se desprende de suyo que el mundo no es bueno ni es malo, ni que está muy lejos de ser el mejor ni el peor, y que estas ideas de lo bueno y de lo malo no tienen sentido sino en relación al sentido de los hombres, y aun así por la forma en que se emplean de ordinario no resultan justificadas: la concepción del mundo injuriosa ó panegirista es algo á que debemos renunciar en todas las ocasiones.

29. *Embriaguez por el perfume de las flores.*—Se cree que la nave de la humanidad tiene mayor bordo á medida que se le carga más; se cree que cuanto más profundo es el pensamiento del hombre, es más tierno su sentimiento, tiene más alta estima de sí, es mayor su alejamiento de los demás animales; cuanto más aparece como genio entre las bestias, más se acerca á la esencia real del mundo y su conocimiento; es bueno en realidad lo que hace por la ciencia, pero cree hacerlo mejor todavía por las religiones y sus artes. Son en verdad, una florescencia del mundo, pero que *no está en modo alguno más próxima á la raíz del mundo* que el tallo mismo; no se puede absolutamente sacar de ellos ningún conocimiento mejor entre la ciencia de las cosas, aunque cada cual casi casi lo crea. El error ha hecho al hombre bastante profundo, tierno, creador, para hacer proceder de él una flor tal, como son las religiones y las artes. El soló conocimiento hubiera estado fuera de su centro para poderlo realizar. Quien nos descorriera el velo que nos encubre la esencia del mundo, nos causaría la más enojosa desilusión. No es el mundo como cosa en sí, sino el mundo como representación (como error), el que es tan rico de sentido, tan profundo, tan maravilloso, el que lleva en su seno dicha y desgracia. Este resultado conduce á una filo-

sofía de negación lógica del mundo; que, por lo demás, tanto puede unirse á una afirmación práctica del mundo, como á su contraria.

30. *Malos hábitos del razonamiento.*—Las conclusiones erróneas más habituales en el hombre son éstas: una cosa existe, tiene su legitimidad. En este caso se infiere de la capacidad de vivir á la adaptación á un fin, de la adaptación á un fin á su legitimidad. En seguida, una opinión es benéfica, luego es verdadera; su efecto es bueno, luego la opinión misma es buena y verdadera. En este caso se aplica al efecto el predicado: benéfico, bueno, en el sentido de útil, y entonces se dota á la causa del mismo predicado: buena, pero en el sentido de valedero lógicamente. La recíproca de estas proposiciones es: una cosa no puede imponerse ni sostenerse, luego es injusta; una opinión atormenta, excita, luego es falsa. El espíritu libre que no aprende á conocer, sino por frecuentes aplicaciones, lo que tiene de viciosa esta manera de razonar y tiene que soportar sus consecuencias, cede á menudo á la tentación seductora de hacer las deducciones contrarias, que de un modo general son igualmente erróneas: una opinión no puede imponerse, luego es buena; causa inquietud, angustia, luego es verdadera.

31. *Lo ilógico necesario.*—Entre las cosas que pueden llevar á un pensador á la desesperación, debemos enumerar el hecho de reconocer que lo ilógico es necesario á los hombres, y que de lo ilógico nacen muchos bienes. Está esto tan sólidamente anclado en las pasiones, en el idioma, en el arte, en la religión, y, generalizando, en todo lo que da valor á la vida, que no se puede desprenderlo de ella, sin causar incurable perjuicio á tan hermosas cosas. Sólo los hombres, por demasiado sencillos, pueden creer que la naturaleza del

hombre pueda trocarse en una naturaleza puramente lógica; pero si debiera haber en ello grados de aproximación hacia el fin, ¡cuántas pérdidas no habrían de producirse en el camino! Aun el hombre más razonable tiene necesidad de volver á la naturaleza, es decir, á su relación fundamental ilógica con todas las cosas.

32. *Injusticia necesaria.*—Todos los juicios sobre el valor de la vida se desarrollan ilógicamente y, por consiguiente, son injustos. La inexactitud en el juicio proviene primeramente de las maneras con que las materias se presentan, es decir, muy incompletamente; en segundo lugar, de la manera como se hace su suma, y en tercer lugar, de cada una de estas piezas se hace, á su vez, el resultado de un conocimiento inexacto. Ninguna experiencia que se relacione directamente con un hombre, por ejemplo, aun cuando se encuentre lo más próximo á nosotros, puede ser completa en forma tal que pudiéramos tener derecho para hacer apreciación directa en conjunto; todas las apreciaciones son prematuras y tienen que serlo. Por último, la unidad que nos sirva de medida, nuestro ser no es tampoco una grandeza invariable; tenemos tendencias y fluctuaciones, y sin embargo, deberíamos conocernos por una unidad fija, para apreciar las relaciones de una cosa cualquiera, respecto á nosotros, en modo justo. Quizá se siga de todo esto que no se debería juzgar absolutamente; ¡si pudiéramos solamente vivir sin hacer apreciaciones, sin tener afectos ni desafectos!... pero toda aversión está ligada á una apreciación, tanto como puede estarlo una inclinación afectuosa. Una impulsión á aproximarnos ó separarnos de algo, sin un sentimiento siquiera de querer lo ventajoso, de evitar

lo dañino, una impulsión sin una especie de apreciación por el conocimiento que influye en el valor del fin, no existe entre los hombres. Somos, por nuestro destino, seres ilógicos y por lo mismo injustos, y, *sin embargo, no podemos reconocerlo*. Tal es una de las mayores y más irresolubles inarmonías del universo.

33. *El error sobre la vida necesaria en la vida.*— Toda creencia sobre el valor y la dignidad de la vida descansa en un pensamiento falso: creencia que es posible solamente porque la simpatía por la vida y los sufrimientos del conjunto de la humanidad, se ha desenvuelto muy débilmente en el individuo. Aun los pocos hombres en los cuales los pensamientos se elevan, generalmente, por encima de ellos mismos, no abarcan con su mirada toda esta vida en su conjunto, sino que sólo observan partes limitadas. Si se es capaz de dirigir observaciones sobre excepciones, quiero decir, sobre los grandes talentos y las almas puras; si se es capaz de tomar las producciones como fin de toda la evolución del universo, y se encuentra en la acción de ellos sentimientos de placer, puede entonces creerse en el valor de la vida, porque para nada se tiene en consideración á los demás hombres; pero también entonces se piensa inexactamente. Del mismo modo si se abarca con la mirada verdaderamente á todos los hombres, pero no se da importancia de entre ellos sino á los que tienen cierta especie de instintos, á los menos egoístas, y á quienes se les justifica en relación á los demás instintos, entonces puede esperarse algo de la humanidad en su conjunto y creerse en el valor de la vida; pero también en este caso tal creencia proviene de la inexactitud del pensamiento. Con todo, ya proceda de una manera ó de otra, quien así observe será

una *excepción* entre los hombres. Es evidente que la gran mayoría de los hombres, precisamente, soportan la vida sin quejarse demasiado alto, y *creen* por lo mismo en el valor de la existencia; lo que proviene justamente de que cada cual no quiere ni afirma sino de sí mismo y no sale de él sino en casos excepcionales: todo lo que no les es personal pasa para ellos como inadvertido ó advertido cuando más como débil sombra. La gran falta de imaginación de que padecen, hace que no puedan penetrar por el sentimiento en otros seres, y, por lo tanto, tomar también tan pequeña parte como le es posible en su suerte y sus sufrimientos. Aquel, por el contrario, que verdaderamente *podiera* tomar parte en ellos, debería desesperar por el precio de la vida; si llegase á comprender y á sentir en sí mismo la conciencia total de la humanidad, prorrumpiría en maldiciones contra la existencia, pues la humanidad no tiene en su conjunto *ningún* fin, y por consiguiente, el hombre, examinando su marcha total, no puede encontrar en ello consuelo ni reposo, sino, por el contrario, su desesperación. Si toma en consideración, para todo lo que hace, la ausencia final de un fin respecto á los demás hombres, su propia acción tomará ante sus ojos el carácter de la prodigalidad. Pero sentirse en el sentido de la humanidad (no solamente del individuo) *prodigado* tanto como las flores aisladas que la naturaleza prodiga, es un sentimiento superior á todos los sentimientos. ¿Quién es capaz de ello, sin embargo? Tan sólo un poeta, y los poetas saben siempre consolarse.

34. *Para tranquilidad.* — Pero nuestra filosofía ¿no llega á ser también una tragedia? La verdad ¿no es hostil á la vida á lo mejor? Una cuestión parece que pesa en nuestra lengua, y, sin embargo, no quie-

re ser enunciada: la de si se *puede* conscientemente permanecer en la contra-verdad, ó, si en el caso de que *fuera necesario* hacerlo, ¿no sería preferible la muerte? Ya no existen deberes; la moral, en tanto que era un deber, está en efecto, por nuestro género de consideración, tan anonadada como la religión. El conocimiento no puede dejar subsistentes, como motivos, sino placer y pena, utilidad y daño; pero ¿cómo se arreglarán esos motivos con el sentido de la verdad? También ellos tocan en el error (porque, como se ha dicho, son la simpatía y la aversión, y todos sus injustísimos medios los que determinan esencialmente el placer y la pena). Toda la vida humana está profundamente sumergida en la *contra-verdad*; el individuo no puede sacarla de ese pozo sin tomar aversión á su pasado, sin encontrar sus motivos presentes, como los del honor, desprovistos de toda razón de ser, sin oponer á las pasiones que conducen al porvenir y á la dicha en el porvenir, la burla y el desprecio. ¿Es verdad que no queda sino una sola manera de ver que lleva consigo como conclusión personal la desesperación, como conclusión teórica la disolución, la separación, el anonadamiento del yo? Creo que el golpe decisivo tocante á la acción final del conocimiento será dado por el *temperamento* del hombre; yo podría, tanto como el efecto descrito y posible en naturalezas aisladas, imaginarme otro en virtud del cual nacería una vida mucho más sencilla, más limpia de pasiones que la actual: si bien que de pronto es verdad los antiguos motivos de deseo violento tendrían todavía fuerza, por causa de una costumbre hereditaria, también lo es que poco á poco, bajo la influencia del conocimiento purificados, irían haciéndose más débiles. Se viviría, en fin, entre los hombres y con

uno mismo, como en *la naturaleza*, sin alabanzas, reproches ó entusiasmos, recreándose como en un espectáculo con muchas cosas de que hasta entonces no se podía tener sino temor. Nos libertaríamos del énfasis y no sentiríamos más el aguijón de este pensamiento: que no somos solamente naturaleza ó que somos más que naturaleza. A la verdad, sería necesario para ello, como he dicho, un buen temperamento, un alma grave, dulce y en el fondo alegre, una disposición que no tuviera necesidad de estar siempre en guardia contra sacudidas y estallidos repentinos, y que en sus manifestaciones no adoptase tono gruñón ni semblante hosco, caracteres odiosos, como se sabe, de los viejos perros y de los hombres que han estado mucho tiempo encadenados. Por el contrario, un hombre libertado de los lazos acostumbrados de la vida hasta el punto de no continuar viviendo sino en vista de hacerse cada día mejor, debe renunciar sin afares ni despecho á ver muchas cosas casi en todo, lo que hay de valor en los demás; debe *hallarse* satisfecho, como de la situación más envidiable, de poder elevarse libremente por encima de los hombres, de las costumbres, de las leyes y de las apreciaciones tradicionales de las cosas. Anhela comunicar el contento que le brinda tal situación, y puede no tener nada distinto que comunicar, en lo que hay también en verdad una privación, una abdicación. Pero si, á pesar de todo, se quiere más de él, despedirá con un benévolo alzamiento de hombros á su hermano, el libre hombre de acción, sin dejar quizá de hacerle algo de burla, pues esta libertad es cosa enteramente particular.